

Carlos Real de Azúa, ANTOLOGÍA DEL ENSAYO URUGUAYO CONTEMPORÁNEO, Tomo II. Departamento de Publicaciones de la Universidad de la República, Montevideo, Uruguay, 1964, pp. 370-371.

Esther de Cáceres (1903)

La densa, unitaria, persistente labor poética de Esther de Cáceres –un tercio de siglo desde *Las ínsulas extrañas* (1929) hasta *Los cantos del destierro* (1963)– es, fuera de duda, lo más importante y, sobre todo, lo más circuiblé, lo más objetivado de su rica y andante personalidad. Pero, al margen de ella (cumplida más íntima, más discretamente que lo habitual), Esther de Cáceres ha sido una presencia casi ubicua de nuestra vida cultural, una agitadora de ideas y de fervores, vertidos reiterada, innumerablemente, en cursos, conferencias, prólogos, artículos, ensayos.

Sobre la afirmación integral, sin resquicios, de una filosofía del hombre y la cultura cristiana, personalista, espiritual, sobre la defensa de una poesía de calidad y ambición “ontológicas” (según le gusta decirlo), Esther de Cáceres ha ayuntado la devoción, no contradictoria sino, y por el contrario, unificadora, hacia figuras tan disímiles como Carlos Vaz Ferreira y Joaquín Torres García, León Bloy y Jacques Maritain, Eugenio D'Ors y Miguel de Unamuno, Eduardo Dieste y Gabriela Mistral. Y, todavía en el rol de sus muertos cercanos: Vicente Basso Maglio, Juan Parra del Riego, María Eugenia Vaz Ferreira, Osvaldo Crispo Acosta. Y aun Menéndez y Pelayo y **su** Santa Teresa y **su** San Juan. En este punto, podría aseverarse que su teoría del espíritu es, a la manera carlyleana, una teoría de los héroes y de la devoción a los héroes. Pero es sobre todo de D'Ors, de Dieste, de Torres, que se deriva su apología de una Tradición activa y de un clasicismo renovado que –vertebrados de nuevo por una concepción teocéntrica del mundo y del hombre– sean capaces de asumir y de integrar en sí mismos las búsquedas, angustias, torcedores del drama intelectual contemporáneo.

Como el autor de esta noticia alguna vez sostenía, todo el espíritu de esta ensayística y de la personalidad que la anima podría expedirse en esos adjetivos – **fino, vivo, puro, claro, hondo**– que en forma constante suben a su palabra. Con ellos, tal vez, sería posible armar el esquema coherente de una visión del mundo y de una actitud ante él, de una conducta, un temple.

A conducta, a estilo es que, en páginas calidísimas, Gabriela Mistral se refirió, ya hace años, a **la amistad aristotélica y juanista** de esta mujer a la que **todo se le hace carne en su preciosa querendonería, a su lealtad**. Y nadie que conozca a Esther de Cáceres podría dejar de ratificar palabras tales y, sobre todo, las que se refieren a su amistad, un don suyo tan esporádico como asombroso con el que

tantos hombres y mujeres han sentido enriquecidas sus vidas. Y su andadura humana, imprevisible y volcada sobre las cosas y las almas es un poco, también, la andadura de sus escritos prosísticos. La naturalidad desprejuiciada de ellos es la seña de su origen en un apostolado continuo y, sobre todo, hablado. El fervor inalterable, la gravedad devota del tono, la multiplicidad, la reiteración obsesionada, el frecuente desorden marcan también una vasta obra que debería condensarse y recogerse, y en la que sólo los prólogos (a *Poesías* de Parra del Riego (1943), al *Milón* de Espínola (1954), a *La isla de los cánticos* de María Eugenia Vaz Ferreira (1956) y probablemente algunos otros) son fáciles de hallar.

El texto de Esther de Cáceres que aquí se ha escogido no es, probablemente, ni mejor ni peor que otros susceptibles de serlo. Pero tiene de representativo de su obra el que –con generalidad y libertad ensayísticas– siga dos verdaderas fijaciones del pensamiento de la autora: la relación entre “Tradición viva” e invención y la jerarquización entre lo universal y lo autóctono. También trae a colación nombres muy señeros: Rodó, Rubén Darío, D'Ors, Torres García, Gabriela Mistral que – desde el costado hispanoamericano– son capaces de ejemplificar el ejercicio más vivo, más conspicuo de tan fundamentales cuestiones.